

Texto 0

Escribo esto bajo la luz temblorosa de una linterna que sostiene Viktor. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido la peor pesadilla desde que esas cosas empezaron a aparecer en torno a mi casa, hace un millón de años.

Pasados doce minutos desde el último estertor, el cuerpo de Waqar comenzó a mostrar una serie de pautas nada naturales. En su pecho no se apreciaba movimiento pulmonar de ningún tipo (por lo que deduzco que esas cosas no respiran), pero sin embargo una especie de tic nervioso le recorría el brazo derecho, donde tenía el rasguño. Estaba muerto, y sin embargo, su brazo se sacudía y se contraía como sacudido por una descarga nerviosa. Era increíble.

Por si no fuera suficiente, al cabo de tan solo un par de minutos sus ojos comenzaron a moverse. Cuando había muerto, Waqar tenía los ojos abiertos y ahora sus pupilas, aún cubiertas de cuajarones de sangre y lagañas, se movían inquietantemente de un lado para otro, sin enfocar la mirada en ningún punto. Tenía las córneas totalmente enrojecidas a causa de la rotura de docenas de microscópicas venas y eso le daba a su mirada un aire totalmente diabólico. El conjunto resultaba absolutamente estremecedor.

El temblor del brazo se fue propagando a las otras extremidades. Al cabo de unos minutos todo el cuerpo de Waqar vibraba como sometido a una corriente eléctrica. De alguna manera, oscura, desconocida y ominosa, todo su cuerpo estaba volviendo a la vida. Y digo su cuerpo, porque Waqar, su esencia, su alma, su espíritu o como quiera que se llame, ya había volado muy lejos. Dentro de aquel cuerpo tan solo habitaba un monstruo.

Texto 1

Me he subido al coche, aparcado justo delante de la puerta. Al sentarme al volante me he vuelto a acordar de que aún no le había cambiado el aceite. De golpe he recordado que el puto bidón aún estaba en el maletero, donde lo dejé el día que lo compré. Mierda. Ese no era el momento para bricolaje mecánico, así que arranqué, confiando en que el coche no me dejase tirado. El sonido del motor al encender sonó como un cañonazo en el silencio sepulcral de la noche. Me dio la sensación de que tenía que haberse oído a kilómetros. Me daba igual. Bajo ningún concepto pensaba ir andando. Me he incorporado a la calle principal y he enfilado en dirección centro, hacia la estación de servicio que queda a medio camino, a cosa de un kilómetro de mi casa y a dos de donde intuyo que empieza el Punto Seguro. Esta en plena zona evacuada, pero confío en que aún haya alguien allí. Al hacer inventario me di cuenta de que no tenía ni un mal mapa de carreteras decente. Si en algún momento iba a salir por piernas de allí, me iba a resultar imprescindible un mapa. En cualquier estación de servicio tenía que haber por lo menos un par de guías CAMPSA. A por eso iba.

El camino ha resultado ser sobrecogedor. Silencio absoluto y ni un ser vivo a la vista. Podría ser tranquilamente la última persona sobre la Tierra.

Al llegar al área de servicio he dejado escapar un suspiro de alivio. Las luces estaban encendidas. Parecía abierta. He parado al lado del surtidor y he entrado con cautela. No me avergüenza decir que estaba cagado de miedo. No había nadie a la vista, ni un cliente, ni un empleado. ¿Dónde estaba el puto encargado? La caja registradora estaba allí, al alcance de mi mano. Podría haber arramblado con toda la recaudación. He cogido un par de guías de carretera y todas las chocolatinas que me cabían en los bolsillos. También he cogido un par de

revistas de información. Son números de hace dos semanas. En las portadas hablan de cosas que ahora se me antojan absolutamente irreales. Que absurdo parece todo, en este caos. Cuando estaba dejando el dinero sobre el mostrador, me ha parecido oír un ruido. La sangre se me ha helado en las venas. Había alguien ahí fuera. O algo. Joder.

Temblando, cogí unas cadenas de nieve que estaban colgando de un expositor. Como arma no eran gran cosa, pero al menos tenía algo sólido en las manos. Al salir he visto a un hombre, a unos treinta metros de la estación. Estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para distinguir detalles, pero parecía andar tambaleándose. No me apetecía quedarme a comprobarlo. De un salto me subí al coche y giré en dirección a mi casa. Por el retrovisor me ha dado la sensación de que aquel tipo trataba de seguir al coche, con andares vacilantes. Que le jodan. No quería conocerlo.

Texto 2

Jesús. Buen Dios. Aún me estremezco. Aquella habitación condenada debía haber sido en algún momento el dormitorio principal de la casa. Una colcha de lino cubría una enorme cama, apenas iluminada por los relámpagos que se colaban por la persiana a medio bajar. A los pies de la cama, desprendiendo un olor infernal, yacía el cadáver de una mujer, de una edad indeterminada. Enlazada en sus manos tenía una escopeta, apuntada hacia arriba. Se había metido los cañones en la boca y había apretado el gatillo. De la mitad superior de su cabeza no quedaba absolutamente nada. Debía llevar muerta por lo menos tres semanas. Enfocando la luz hacia lo que un día fue su cara pude ver unos gusanos blancos, enormes, asomando por los restos de su boca. Con una arcada me incliné hacia una esquina y estuve vomitando lo que me pareció una eternidad. Mi pequeña aportación a aquel paisaje del infierno.

¡SPLAM! Con un hilillo de bilis colgando de la boca me incorporé como un rayo al oír aquel nuevo golpe. Enfocando mi linterna a una esquina lo vi. Joder.

Era un niño, de unos tres o cuatro años. Vestía un pequeño peto vaquero y estaba descalzo. Estaba sentado en una trona, una silla infantil, fuertemente sujeto a ella por sus correas.

Era uno de ellos.

Joder. Al enfocarlo con la linterna empezó a sacudirse en su sillita, produciendo los golpes que había oído antes, al chocar con la pared. El cascabeleo era producido por los sonajeros sujetos a la parte delantera de la silla, que se agitaba violentamente mientras que con ojos vacíos y muertos estiraba sus pequeños brazos hacia mí, intentando agarrarme. Era una estampa demencial.

Asqueado, me aparté a una esquina, mientras contemplaba a ese pequeño monstruo. Si no me equivocaba, la mujer que yacía a mis pies debía ser su madre. De alguna manera, su pequeño contrajo el virus y fue demasiado para ella. Cuando vio en lo que se transformaba seguramente no tuvo valor para acabar con él, pero tampoco para seguir viviendo. Atrapada en esa casa, desesperada, sola, finalmente se pegó un tiro. Aquel engendro debía llevar amarrado a esa silla semanas, atrapado para siempre, incapaz de desatarse y de caminar, como todos sus hermanos, en busca de sangre caliente y seres vivos. Joder.

Texto 3

Ya ha amanecido. Esta noche ha sido muy, muy larga. Tan solo unas horas después de que el convoy de evacuación hubiera partido, he sido completamente consciente de la enormidad de mi decisión. Estoy solo. Nadie sabe que estoy aquí. En una zona evacuada. En tierra de nadie. Tras un primer momento de bloqueo me ha atacado un raptó de actividad febril. He cogido los listones de madera y he apuntalado con ellos el portón principal. Es una estupidez, por supuesto, porque tengo que salir por esa misma puerta tarde o temprano, pero el simple hecho de estar haciéndolo me permitía tener la mente ocupada y sentirme más seguro. Tras eso, he hecho un pequeño balance de situación. Tengo comida para unas tres semanas, si no me importa repetir menú de congelados hasta la saciedad. Tengo unos 25 litros de agua embotellada, y de momento, la presión del agua corriente no parece haber disminuido. La corriente eléctrica, en mi caso, no es problema, porque con los paneles, y economizando el consumo, puedo tener autonomía casi plena. Economizar el consumo no creo que vaya a ser difícil. No tengo pensado dar ninguna fiesta en los próximos días.

El gas sí que es un problema aparte. Mi cocina es mixta, tiene dos placas vitrocerámicas y dos hornillos de gas, pero las vitro tienen un consumo eléctrico espantosamente alto. De momento aún tengo gas, pero desconozco cuánto tiempo puede durar esta situación. Supongo que tarde o temprano cortarán el suministro a las zonas evacuadas, para evitar riesgos de explosiones.

El balance de mi arsenal es desolador. Tras una concienzuda revisión de mi casa de arriba a abajo, he reunido todas mis "armas" encima de la mesa de la cocina. Un arpón de submarinismo con siete virotes de acero, un cuchillo jamonero y una pequeña hacha para trocear leños en el patio trasero y que tiene el filo embotado. Estupendo. He cogido mi arma a priori más peligrosa, el arpón. Dejando aparte el hecho de que nunca la he disparado contra nada más grande que un congrio, presenta una serie de problemas. Tardo aproximadamente unos veinte-treinta segundos en montarla de nuevo tras haberla disparado y su alcance es relativamente corto, unos diez metros. Además, su fiabilidad es relativa a cierta distancia. Al fin y al cabo no es un arma de precisión, es un chisme ideado para ensartar pulpos a bocajarro. Si aparecen pandillas de salteadores por aquí, lo voy a tener jodido. Sin duda mi mejor opción es tratar de pasar desapercibido, de momento...

Texto4

Tragué saliva, mientras notaba una ola de sangre helada recorriendo mis venas al tiempo que contemplaba a Ushakov, cómodamente recostado en su alto sillón, observándome. El muy cabrón parecía encontrar todo aquello sumamente divertido.

—Vamos, vamos, tovarich, no se lo tome usted tan a pecho —se inclinó hacia delante y poniendo su boca casi junto a mi oído me susurró—. Al fin y al cabo tan solo le estoy pidiendo un pequeño favor a cambio de otro favor ¿Niet? Yo le he acogido en mi barco y usted a cambio me trae una pequeña cosita que necesito. Eso es todo.

—No tiene ni la menor idea de a donde nos está enviando, capitán. Podemos morir todos por un miserable paquete enviado por alguien que ya debe estar muerto —respondí, conteniendo la rabia.

—Cuento con su pericia para traer a todo el mundo de vuelta. Al fin y al cabo usted ha llegado hasta aquí sin un rasguño ¿Niet? Entonces confío en que pueda dar de nuevo un pequeño paseo sin que le pase nada malo.

—¿Tengo alternativa? —pregunté, con la peor de mis muecas.

—Me temo que no. —Entonces supongo que apelar a sus buenos sentimientos o a su humanidad es algo totalmente inútil, ¿verdad? Eres un auténtico bastardo, amigo. ¡Anda y que te jodan!

Antes de que me diese cuenta Ushakov saltó hacia delante como movido por un resorte y me sujetó por el cuello con una de aquellas enormes manazas, levantándose contra un mamparo. Me cogió absolutamente por sorpresa. Resultaba casi increíble que un tipo tan grande se moviera tan rápido. Mientras me sostenía a un palmo de suelo acercó a mi rostro el suyo, totalmente transformado en una máscara demoníaca.

—Llevo más de un mes atascado en este agujero con mi maldito barco y toda mi tripulación, ¿me entiende? —gritó, enrojecido de ira—. Desde que he llegado a aquí he esperado inútilmente la llegada de una persona que se tenía que hacer cargo y traer ese paquete y, ¿sabe quién ha venido? —me preguntó—. ¡Nadie! ¡Absolutamente nadie!

Texto 5

Pues ya está. Oficialmente, estamos jodidos. A las 15:00 horas de hoy ha salido de nuevo el Rey en televisión anunciando que se decretaba la Ley Marcial en todo el territorio español. Se confirma el toque de queda de 20 a 8 horas, con la salvedad de que ahora, a quien pillen fuera entre esas horas corre el riesgo de que le peguen un tiro. Así de claro. Se prohíben los desplazamientos por carretera entre Comunidades Autónomas, y se instalan check-points del ejército en las principales vías. Una lista de quince ciudades han sido declaradas zonas de riesgo y no se permite ni la entrada ni la salida de las mismas. Están en la lista todas aquellas en las que hubo brotes de la epidemia y nueve más. Madrid y Barcelona están entre ellas... Confío en que mi hermana adelantase sus planes y haya salido ya de la ciudad. Joder.

De momento, Pontevedra se salva de la quema, pero no se por cuanto tiempo. Ferrol y Coruña a menos de 160 kilómetros, son "Zonas de Riesgo" y en teoría están aisladas. Sin embargo un amigo mío que vive en Coruña me acaba de llamar de camino a la casa de sus padres, en Vigo. Dice que ha podido salir de la ciudad por carreteras secundarias y pistas forestales. Resulta materialmente imposible aislar una ciudad de tamaño medio y ya no digamos una gran urbe. La plaga va a llegar aquí, sea lo que sea. Debería hacer algo, pero no se me ocurre nada. Me he subido al coche y me he dirigido hacia el centro. Las calles presentan un aspecto semivacío; parece una ciudad sitiada. Está lloviendo sin parar desde hace horas y se respira un ambiente de intranquilidad en las calles. Hace mucho frío. En todo el trayecto me he cruzado con varios coches patrulla de la policía, y con un par de transportes de la BRILAT. Los cuarteles de la Brigada Ligera Aerotransportable (BRILAT) están situados a tan solo tres kilómetros de Pontevedra. Llevan años allí, pero nunca había visto tropas estacionadas en el centro de la ciudad hasta hoy.

He parado en una estación de servicio para llenar el depósito del coche. Mientras estaba en el surtidor de diesel con mi Astra, he entrado en la tienda a comprar tabaco, unos cuantos periódicos y revistas y un bidón de aceite (tenía que haber revisado el nivel del coche hace una semana... ¡¡Joder!!). Mientras pagaba todo, el dependiente me comentó que había problemas de suministro en algunas estaciones de servicio, sobre todo en aquellas más aisladas. Al estar los puertos cerrados, las refinerías han parado su producción y el gobierno ha militarizado las reservas existentes. Genial.

Después he ido hasta el Carrefour para hacer una buena compra.

Texto 6

Coño. Las últimas veinticuatro horas han sido un desastre. Cuando piensas que nada más puede joderse, la realidad va y te pillas por los huevos con una nueva sorpresa.

Por si ya no tenía suficientes (¡¡Y enormes!!) problemas con ese grupo de cosas que están aporreando inmisericorde mi puerta desde hace un par de días, ahora se me abren nuevos frentes. En primer lugar, y como consecuencia del fallo eléctrico generalizado, Internet ha dejado de existir. Kaputt. Se acabó. Mi blog está muerto, como toda la red. El pantallazo blanco del Explorer es lo único que veo cuando trato de acceder a la Web. Es lógico, supongo. Los servidores están caídos y las compañías que facilitan el acceso a la red hace ya días que han dejado de dar servicio. El que la mía haya aguantado hasta hoy se me antoja un milagro. Resulta increíble ver hasta qué punto dependemos de la corriente eléctrica para todo... Hemos vuelto al siglo XIX con todas sus consecuencias y no sé si estaré preparado para ello.

Voy a seguir haciendo anotaciones en el diario. Necesito escribir lo que veo y lo que siento. Necesito exponer mis pensamientos sobre algo en blanco, si no quiero volverme loco en un par de meses. Este diario es mi interlocutor, la única cosa en la que confío plenamente en estos momentos. Si en algún momento la jodo de verdad, por lo menos aquí quedará constancia de como viví estos terribles días. Vaya mierda de consuelo, amigo.

Texto 7

Desde lo alto de los restos de la cubierta de la arruinada factoría de congelados la vista del Puerto era excelente. Aquella nave había sido volada en la noche de sangre y fuego que había marcado el fin del Punto Seguro, pero parte de su estructura aún se mantenía en pie. La esquina suroeste del edificio, orientada había el mar, y muy cerca de la antigua central portuaria de SEUR estaba virtualmente intacta, y lo suficientemente inaccesible como para suponer un refugio seguro si alguien estaba lo bastante chalado, o desesperado, como para trepar hasta las vigas de la cruceta.

Desde allí arriba se divisaban perfectamente los montones de cadáveres putrefactos, apilados donde habían caído víctimas de las balas, las explosiones o el fuego en la triste noche final del Punto Seguro de Vigo. Flotando a unos cientos de metros Ría adentro, ofreciendo un marcado contraste con la devastación de la orilla, se encontraban un viejo carguero baqueteado y un airoso velero de dos mástiles, amarrado a la popa del primero. Sobre la cubierta del carguero se podían ver una serie de pequeñas figuras yendo de un lado a otro, ocupados en sus quehaceres.

Súbitamente, una trasteada furgoneta de UPS apareció rugiendo por una esquina, metiéndose a toda velocidad en el callejón de acceso a la nave de SEUR y frenado bruscamente al llegar a la esquina. De ella descendieron dos hombres, y mientras uno de ellos se acercaba al borde del muelle el otro, con aire furtivo, se pegaba a la esquina de la pared, donde podía observar el carguero sin ser visto. Con gesto decidido, el primer hombre descendió unos escalones hasta llegar a una Zodiac que había estado oculta hasta ese momento por una capa de camuflaje y un montón de basura.

Tras un par de infructuosos intentos, el motor fuera borda de la Zodiac cobró vida con un tremendo petardeo que resultaba perfectamente audible en el absoluto silencio de la mañana. Aquel ruido pareció despertar la locura a bordo del carguero. Las figuras comenzaron a correr de un lado para otro, a toda velocidad, mientras la Zodiac trazaba un amplio giro y comenzaba a dirigirse hacia el enorme buque.

...

...

Mientras me acercaba al Zaren Kibish notaba la adrenalina rugiendo de nuevo en mis venas. Las salpicaduras de agua salada me empapaban el pelo, a medida que el casco del carguero crecía ante mis ojos. Con la mano derecha sostenía la caña del motor, mientras que con la izquierda aferraba con fuerza el maletín Samsonite de acero negro. Una familiar figura barbuda se inclinaba sobre la borda del puente, contemplándome a través de unos prismáticos. Ushakov. Tenía que ser él.